

UN VAGABUNDO DE LOS MARES DEL SUR

Bernard Moitessier

Prólogo de Didac Costa

Traducción de Antonio García Armañac

Revisión de José Lozano Brea

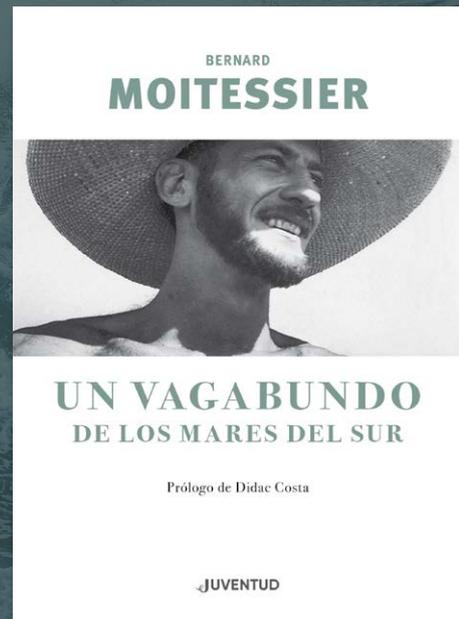
TIERRAS Y MARES ▶ Serie GRANDES NAVEGANTES

ISBN 978-84-261-4594-9

1ª edición, junio de 2021

Rústica con solapas, 14,5 x 20 cm, 396 pp.

Precio: 23,08 / **24 €** IVA incluido



Sinops

Bernard Moitessier, a los 27 años, inició su periplo náutico en solitario a bordo del *Marie-Thérèse*. En unas condiciones que asustarían hasta a los más temerarios, enfrentó el monzón durante ochenta y cinco días, antes de naufragar en las islas Chagos. Acogido luego en la isla Mauricio, trabajó durante tres años para construir el *MarieThérèse II*, y hacerse de nuevo a la mar rumbo a Sudáfrica y las Antillas. Este libro recoge su testimonio, retratando con maestría todos los lugares donde recaló y las personas con las que tuvo la suerte de compartir su experiencia.

Sobre el libro

Nueva edición del primer libro escrito por Moitessier, navegante solitario tan admirado por su talento para navegar como para escribir. Esta edición cuenta con textos revisados, material gráfico ampliado y prólogo de Didac Costa, regatista español de la Vendée Globe en 2016 y 2020.

Con esta nueva colección, GRANDES NAVEGANTES, queremos rescatar los títulos más emblemáticos de nuestra mítica “colección amarilla”, Viajes y Expediciones. Unos relatos que nos descubren el mar en toda su sobrecogedora

inmensidad y ponen de relieve la tenacidad y los valores humanos de aquellos míticos navegantes que, con pocos medios y tecnología, pusieron las bases y abrieron las rutas de la navegación oceánica deportiva de hoy en día.

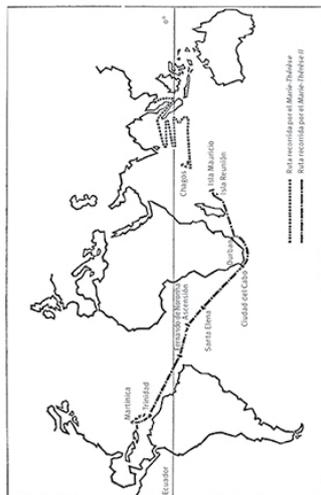
Bernard Moitessier

(1925, Hanói - 1994, París) Aprendió a navegar con los pescadores del golfo de Siam y se convirtió en uno de los mejores navegantes de todos los tiempos después de su vuelta y media al mundo en solitario y sin escalas, en 1968-1969. Este periplo culminó con la publicación de *El largo viaje*, que se convertiría en un libro de culto. Moitessier ha sido todo un referente para muchos marineros y, a través de sus batallas ecológicas y su altruismo, ha encarnado los valores de toda una época.

Enlace de interés

➔ [Biografía de Bernard Moitessier](#)





PRÓLOGO

La primera vez que leí a Bernard Moitessier fue de niño, a los diez años. Había oído hablar de su gesta en la Golden Globe, la primera regata en solitario y sin escalas de la historia, en la que Moitessier se hizo famoso por abandonar cuando iba en cabeza, realizando una vuelta y media al planeta.

No recuerdo muy bien cómo llegó a mis manos un libro escrito por él, pero estaba entusiasmado. En esos días era muy difícil obtener información sobre las regatas oceánicas y sus navegantes, así que, con la impaciencia de un niño a quien le acaban de regalar un juguete nuevo, empecé a leer *Un vagabundo de los mares del Sur*.

El inicio me creó confusión. Yo esperaba leer sobre barcos y océanos lejanos, con sus fuertes vientos y enormes olas y, en cambio, el relato de Moitessier empezaba con un naufragio y seguía con una explicación de cómo construir un barco en una isla del Índico.

Fue algo inesperado, empezar a leer un texto sobre navegación y ver que la mayoría de la acción pasaba en tierra. En ese momento, aún no me había dado cuenta de que el libro que tenía entre las manos no trataba sobre esa regata de vuelta



«Digo "nosotros" porque éramos dos: el Marie-Thérèse y yo».

En el océano Índico

Este monzón constituyó un tormento para la unidad que ya éramos; un tormento durante el cual la idea de que pudiera existir algo más en el mundo no llegaba ni a pasarme por la cabeza.

Era un nunca acabar de vientos contrarios y de temporales entrecortados de calmas chichas demasiado cortas para que la mar se pudiera calmar.

Y todo esto bajo un cielo gris, típico de la estación de las lluvias, que alejaba de nosotros la más hermosa divinidad del marino: el Sol.

No creo que se me pudiera considerar totalmente como un ser humano después de nuestra primera semana en el océano Índico: más bien me había convertido en una especie de animal acuático, que se movía por el instinto. Porque en cuanto me encontré con esa pared de viento, a la salida del estrecho de Malaca, la inteligencia se convirtió en algo totalmente inútil. La inteligencia, más todas las emociones que habitualmente animan el espíritu humano.

El espíritu se despojó de todo cuanto pudiera estorbarle, pues lo que no sirve para nada puede perjudicarlo. Y solo el instinto animal que permanece en el fondo de cada uno de nosotros remontó a la superficie, para hipertrofiarse, tomar posesión de la unidad «barco-hombre» y darle la única orden que tenía sentido en aquellos momentos: aguantar, pasara lo que pasase. Aguantar sin intentar comprender. Aguantar la proa del barco lo más cerca posible del viento y bien lejos de la tierra y sus arrecifes. Y sobre todo vivir en el presente, solo en el presente, y olvidar todo lo demás.

Finalmente atravesamos el monzón. Cómo y por qué, lo ignoro, pues, una vez alcanzada la zona de los alisios favorables, el animal que reinaba pocos días atrás, se fue volviendo inútil, perjudicial, y el espíritu abotargado despertó.

El humano volvió entonces a su lugar. Pero el hombre no

13

Un vagabundo de los mares del Sur

po, brazos o piernas. Cuando el marinero estuvo preparado, toda la tripulación cobró rápidamente el cabo para llevarlo hasta el barco. (Es obvio que, con oleaje, un velero de diez a quince toneladas no podía permitirse acercarse a las rocas).

Así pues, parece ser que un gogger bien bronceado estaría menos expuesto a un eventual ataque. Por otra parte, parece más prudente utilizar aletas de goma en las aguas frecuentadas por tiburones; aparte de la ayuda que aportan, tendrán la ventaja, al ser de color oscuro, de no tentar demasiado a los tiburones. Además, si un tiburón mordiera una aleta, quizá se contentara con el extremo, sin llegar a tocar el pie... (Recuérdese que yo pescaba sin aletas el día de mi accidente).

Conviene tener en cuenta que el tiburón muere mucho más el anzuelo de noche que de día. También es durante la noche cuando penetra a sus anchas por los pasos y viene a merodear cerca de la costa. Los pescadores de la isla Mauricio y de las islas Cargados Carajos, en las que pasé más de un año tiempo después, renuncian frecuentemente a pescar de noche, pues es entonces cuando los tiburones les molestan más, llevándose los pescados prendidos en el anzuelo.

Así pues, el tiburón parece alimentarse principalmente de noche. Por mi parte, no he visto nunca a un tiburón atacando un pez en el transcurso de mis inmersiones. Ni yo ni ninguno de mis amigos de la isla Mauricio, muchos de los cuales son pescadores submarinos de primerísimo orden. (No hablo de los peces alcanzados por un arpón). Entonces, si el tiburón no come durante el día, deberá hacerlo en algún otro momento... ¡Y no voy a ser yo quien vaya a darme un baño en los mares tropicales durante la noche!

Una última observación: en la isla Mauricio fui atacado a una profundidad de siete u ocho metros. Unos meses más tarde, mientras pescábamos en grupo en el archipiélago de

36

La isla de la amistad



Bernard Moitessier encontró en las islas de coral del archipiélago de las Cargados Carajos el entorno ideal para sacar a flote y sanear las finanzas de a bordo.

las Cargados Carajos, estuve a punto de ser atacado mientras recogía un arpón perdido a una profundidad de cuatro o cinco metros: un tiburón apareció bruscamente detrás de un mazo de coral, y Christian Couacaud, a quien había pedido que vigilara, no tuvo tiempo de verlo venir, de tan prisa como ocurrió todo. Aquel día estuve a un paso de la catástrofe. ¡Y eso que aquel tiburón no medía más de un metro y medio!

Por su parte, Cousteau explica en *El mundo del silencio* hasta qué punto sus camaradas y él mismo habían creído llegada su última hora cuando intentaban volver a su barco

37